

los desterrados

## 2 - paraguayos, uruguayos y brasileños

los que vienen por razones económicas

Tres obreros metalúrgicos: dos hombres, Pedro y José, de 28 y 25 años respectivamente, y una mujer, Silvia, de 22, uruguayos.

—¿Por qué se viciaron?

Pedro — Por razones políticas, económicas y sociales.

—¿A cuál de estas razones le adjudicas mayor peso?

Pedro — A la razón política.

—¿Tenían miedo?

Pedro — No, no estábamos de acuerdo.

—Pienso que eso no alcanza.

José — Además el trabajo. No progresábamos.

—Habláremos de lo político. Me parece que no alcanza con no estar de acuerdo.

José — Prefero dejar el tema. Creo que los tres preferimos.

—Hablemos de lo económico, entonces.

Pedro — Yo ganaba ciento veinte mil, con los descuentos, noventa.

—¿Cuánto pensás ganar acá?

Pedro — Aquí estoy de vendedor, pero eso no es mi oficio, quiero volver a la metalurgia.

—¿Extrañas, querés volver?

Pedro — Extraño, pero no quiero volver.

—¿Ni de visitas?

José — Sí, de visita sí.

—¿Y si la situación cambiara?

José — Si la situación cambiara, volveríamos.

—¿No piensan en la posibilidad de volver para cambiar las cosas?

José — Una sola golondrina no hace verano.

—Si todos piensan así...

José — Nadie quiere volver.

—¿Crees eso?

Pedro — Sí, nadie quiere volver.

José — Parece fácil. Tengo experiencia de lo que es la gente. El 28 de junio se hizo la huelga. Cuando llegó el momento de luchar, la mayoría se echó atrás y perdimos todo[1].

Silvia — Ellos tienen las armas.

José — Empezó el hambre. Alpergatas fue desalojada tres, cuatro veces.

—¿Ninguno estaría dispuesto a volver?

Silvia — Yo sí.

—Contame eso.

Silvia — Estoy dispuesta a volver. Aunque hay algo que a veces me desanima: la falta de unión. Después de la huelga todos los sectores estaban en desacuerdo. Yo íría si viera la menor posibilidad, pero no como un romanticismo.

—¿Cómo te relacionás con los porteños?

José — El porteño es feo.



—¿Sí?

José — Pienso mucho en sí mismo. Yo, yo, yo. El provinciano es diferente. Aquí parece que no tienen cariño por nada. El otro día un tipo encasó a una mujer en la calle y nadie rescoldaba. Nosotros nos le fuimos arriba.

—¿Ella también?

José — Ella la primera. El tipo voló. Sin embargo, nadie quería meterse.

Silvia — A mí me resulta buena gente en cuanto los rascás un poco. Es cuestión de encararlos de frente. Es una sociedad muy enferma, muy enferma.

—Explicame mejor.

Silvia — ¿Qué te voy a explicar si vos lo sabés mejor que yo? ¡Pobrecitos los que piensan que aquí se puede llegar al socialismo! Para llegar al socialismo hay que tener una gran masa dispuesta a jugarse, a morir si es necesario.

—¿Aquí hay mucha gente decidida a morir?

Silvia — Sí, pero no alcanza con eso. Se precisa además una clase media que pueda renunciar a muchas cosas. Aquí la clase media no está para nada, lo que quiere es modas, vacaciones y máquinas último modelo para la casa. Así es muy difícil.

José — ¡Aquí inventan cada cosa...!

—¿Qué, por ejemplo?

José — No, no me gusta hablar. Al fin y al cabo somos visita.

—Justamente el interés puede estar en que la visita hable, diga lo que va.

José — Aquí tienen cada invento...

—Dame un ejemplo.

José — El vorticalismo.

Silvia — Pero eso es viójo. Los comunistas en el Uruguay... más vorticalistas que ellos... ¡Los lloos que se armaban en los comités de base...!

José — Bueno, basta. Nada de política.

—Eso me resulta un poco vorticalista.

José — Ella es mi mujer.

—Ah. En definitiva, ¿cómo se sienten acá?

José — A pesar de estas cosas, bien. Como si nos hubiéramos mudado a otra ciudad del Uruguay, más grande y más mala.

—¿Qué extrañan?

Pedro — Todos extrañamos la misma cosa.

—El mar.

Pedro — El mar.

—Los árboles en las calles.

Pedro — Sí. Hace dos días acá me quedé en Playa Verde, jugando al fútbol. Metí dos goles. Cuando estaba por entrar al agua, me di cuenta que no tenía traje de baño y me desperté.

José — Ella hace unos días soñó que policia bombardeaba la fábrica de papas donde trabajaba.

Silvia — Soñó que la bombardeaban mano, subidos en un helicóptero. Me desperté transpirado.

—¿Cómo imaginan el futuro?

José — Por ahora estamos demasiado obsesionados por comer todos los días. No pensamos.

2

Uruguayo, 44 años, modista y modelista.

—Me vine en definitiva por la situación económica. Yo trabajaba para boutiques finas. Cada vez vendía menos, cada vez

[1] El 28 de junio de 1973 comenzó la huelga general decretada por la Dirección Nacional de Trabajadores como respuesta al golpe.



demoraba más en cobrar. Lo que me decidí a hacer fue un hecho idiota. Un día salí a comprar huevos. Llevaba cuatrocientos pesos para comprar media docena. Cuando vi que con cuatrocientos pesos me daban dos huevos, llegué a mi casa y llené a mis hijos argentinos. Nuestra familia está muy mezclada. Me dijeron: "Venite, hasta que encuentres a trabajar te bancamos". Agarré a la gurise como quien va hasta Pando, nos vinimos los dos por unos días.

—Vivian solas.

—Hace dos años me separé de mi marido.

—¿Le incomoda contarme por qué?

—No. Fueron razones políticas en lo fundamental. Era, es, un liberal, con inclinaciones de retorno. Seguí hablando del viejo Batlle, con eso le digo todo. Hay cosas que parecen bromas.

—¿Usted calificaría las razones que tuvo para venirte como económicas?

—Sí, lo que me decidí fue eso. Pero si políticamente hubiéramos tenido una esperanza, yo podría haber pasado hambre. Con una esperanza todo habría sido diferente. Yo no estoy contra el "contigo pan y cebolla", pero hay que ver con quién uno va a comer pan y cebolla. Con Allende, hasta cebolla sola. Pero había un futuro. Uno estaba obligado a poner el hombro.

—¿Cómo se relaciona con Buenos Aires?

—El choque es brutal. Pasar de nuestro subdesarrollo a este monstruo de consumo... es el problema del indio y los espejitos.

—¿Se siente muy atraída?

—Yo no diría atraída, no sé...

—¿Manejada?

—Estupidizada.

—¿Cómo se desahoga en su trabajo?

—Me espanta la competencia.

—¿Cómo es eso?

—Uno sabe hacer algo, lo hace y lo lleva a vender. Es como entrar en otro mundo. La hostilidad es feroz. Es un mundo durísimo. Por ejemplo, voy a un curso de xerografía. Estoy segura que no me muestran todo, que se guardan cosas. Yo pienso en Copacabana, y otros tipos en Uruguay que enseñaban a estampar. Enseñaban todo lo que sabían. ¡Ni pensar en que se guardaran nada! Eso acá es diferente. Resulta difícil, entonces, la vida aquí.

—No, sólo en ese aspecto. Pienso que simplemente tendría yo también que endurecerme. Pero, ¿dónde un uruguayo puede sentirse mejor que aquí? Yo viví dos años en Londres. Buenos Aires tiene todo como Londres. Teatros, revistas, conciertos, gente pintoresca. Pero además tiene el tango, el lenguaje, una forma de sentir como la nuestra. ¿Hay algún pueblo al que podamos sentirnos más cercanos? Hasta la historia está toda mezclada. Aquí estamos en casa. Hay amigos que dicen que "todo es como si fuera, pero es falso". Se equivocan. Los argentinos tienen una manía: valorizar con las cosas más viejas. Pero yo no creo que sean viejos.

—¿Cómo siente el haber abandonado Uruguay?

—Yo no tengo alma de mártir. Allí no se puede hacer nada por ahora. Sólo sufrir viendo cómo destruyen en pocos años lo que llevó sesenta a construir. Prohibieron a Machado y Garza Larca. Todos los que valen algo se van. Sólo quedan los militares, los jubilados, los estancieros, los lumpen que no saben ni sacar un pasaje.

Según el primer número de Cristianismo y sociedad de la Editorial Tierra Nueva (1974), hay en la Argentina 650.000 paraguayos y 100.000 brasileños.

En cuanto a los uruguayos, la misma publicación afirma que "el presente se calcula que superan al millón". El cálculo de un millón para los uruguayos resulta a primera vista exagerado. Hasta comienzos de la década del 60 la situación económica era en Uruguay bastante próspera. No se puede hablar de emigración significativa antes de esa fecha. Según el censo de 1963, Uruguay tenía 2.760 mil habitantes. En cuanto a la tasa de crecimiento vegetativo alcanza en los últimos años la bajísima tasa del 1,3%. Según la Dirección General de Migraciones desde 1972 a la fecha (mayo de 1974) entraron al país 320.000 uruguayos.

Los paraguayos residen y trabajan en las provincias de Misiones, Corrientes, el Chaco y Formosa. El mayor número reside en el Gran Buenos Aires. Los brasileños en Misiones. Un número muy menor en Buenos Aires. Los uruguayos en la provincia de Entre Ríos y en las ciudades de Mar del Plata, La Plata y Buenos Aires.



los presos. Pero no crea que alcanza con el dolor, el hambre, el miedo. Ahora hay que sumar el ridículo. Ahí andan los milicos disfrazados de buñuelo de asilo.

—¿Cómo?

—Sí, con esos trajes verdes, beige y marrón, todos dibujados y con ramitas en el ceceo. Como si Montevideo fuera una ciudad en la selva. Disfrazados con algunos uniformes que les habrán liquidado los americanos. Sobrantes de la guerra de Vietnam. En el Uruguay, que es todo gris. Porque Torres-García no inventó nada. Montevideo es una ciudad gris. En medio de aquellos tonos pastel los tipos se destacan como si fueran fosforescentes. Y después, la publicidad en radio: "Hola, ¿cómo te va?" "Pero yo creía que

tú no tenías interés en saludarme. Que eras así... ¿cómo se dice...? Un oligarca." "No, yo tengo una estancia, una fábrica de tejidos y tres autos, pero soy como tú. Quiero el bien del país, el bien de todos." "¡Ah, pero tú eras muy bueno! ¡A mí me habían engañado!" Mientras tanto, hay que ir a la feria de Tristán Narveja para ver cómo la gente se deshace de sus mejores cosas: lámparas antiguas, juegos de porcelana, cambian un cofre de Sévres para comer una semana, una alfombra persa por pagar al canicero. En las cesas de compra-venta de ropas aparecen cosas cada vez más viejas. Zapatos de hace veinte años. La gente se va y vacía sus baúles.



## los desterrados

3

*Paraguaya, 45 años, campesina.*

- ¿Qué hace en Paraguay?  
—Trabajaba la tierra.  
—¿Suya?  
—Sí.  
—¿Cuánta?  
—No sé.  
—¿No producía?  
—Un día salía bien, y no se vendía, otro no salía y se vendía. A veces se trabajaba todo el año y al año no se tenía nada.  
—¿Aquí es diferente.  
—Sí.  
—¿Dónde vive?  
—Vivo con mi marido por allá —dijo señalando hacia Estación Retiro.  
—¿En qué trabaja?  
—El está sin trabajo ahora. Cuando tiene trabajo, en la construcción.  
—¿Cómo le nació la idea de venirse?  
—Porque la gente que iba de acá iba bien vestida, llevaba cosas de regalo, hablaban de qué había trabajo.  
—¿Su marido es argentino?  
—No, paraguayo.  
—¿Le habría gustado casarse con un argentino?  
—Sí... Pero no conocía.  
—¿Por qué le gustaría? Los paraguayos son más dulces, ¿no?  
—Algunos. Los argentinos, bueno, son de acá.  
—¿Y entonces?  
—Tienen otra presencia.  
—¿Qué quiere decir?  
—No sé.  
—¿Cómo fue su llegada? Cuéntenos la impresión que le hizo Buenos Aires.  
—Nada no me gustó. Me bajé en una villa y allí vivimos. En una casa chiquita quedé.  
—¿Le gustaría salir de la villa a una casa en la ciudad?  
—No. Me gusta la villa.  
—¿Y volver?  
—Sí, pero no tengo mamá allá, ni hermanos. Todos están acá.  
—¿Por qué cree que tuvo que venirse?  
—¿No hay nadie que pueda vivir de la tierra?  
—Hay personas que tienen mucha tierra y máquinas y muchos empleados.  
—¿Y esos que tienen tantas cosas, cuánto ganan?  
—Mucho.  
—¿Cómo lo sabe?  
—Porque tienen autos, casas.  
—¿Y sus hijos obedecen.  
—Sí.  
—¿Por qué usted no habrá podido tener todo eso? ¿Trabajó poco tal vez?  
—Allá debíamos el alma.  
—¿Por qué será que no ganaban suficientes, entonces?  
—Son cosas de la vida.  
—¿Sin arreglo?  
—Uno puede tener suerte.  
—¿Como ganar el Prode.  
—Eso es.



4

*Uruguaya, 44 años, servicio doméstico.*

- Me vine de allá hace una semana, a trabajar.  
—¿Se le va muy alegre. ¿Ya consiguió?  
—Sí. Yo tenía mucho miedo.  
—¿Por qué?  
—Usted vio que acá no tienen negros.  
—Muy pocos.  
—¿Alguno que otro. Y me dijeron que los usan en las puertas de los bares.  
—¿Se siente molesta por eso?  
—Los blancos también nos miran mucho.  
—¿Con curiosidad o agresividad?  
—Curiosidad, digo yo.  
—¿Cómo se le ocurrió venirse?  
—Eso sí que es gracioso. ¿Qué todo no tiene ganas de venirse?  
—Cuésteme.  
—No sé desde qué parte empezar. Allá no hay trabajo. Y si uno consigue algo, se gana muy poco. En casa se acabaron las sábanas, los vasos, los platos, se rompió el televisor, el calefón, hay que comprar zapatos para toda la familia. Me vine por unos ocho meses. Trabajo, junto y me vuelvo. Igual que los gallegos, sólo que en lugar de estar veinte años estoy unos meses.  
—Es decir que dejó a su familia por un tiempo. ¿Fue fácil?  
—Bastante, sí. Mi marido trabaja en UTE desde hace veintidós años. Gana ciento cuarenta con los descuentos. El Ricardo, que tiene veinte, gana ochenta en una zapatería. Mi otra hija se vino hace meses y trabaja acá, en una fábrica. Yo lo decidí sin mucha prisa.  
—¿De un día para otro?  
—Cuando se vino mi hija, ya me abrió el camino. Todo el mundo puso el grito en el cielo. Pero ella tiene veintidós años. No está para pedir permiso. Se vino igual. Por el veinte del mes uno ya empieza a comer saltado. Y él, que siempre fue un buen hombre, anda tomando mucho.  
—¿Su marido?

—Sí. A un dos por tres, ese que al día acerca un fósforo se incendia. La última vez yo me agarré de eso y le dije que me venía. El no me creyó. Pero de ahí ya no paré. Junté cincuenta mil y saqué el pesaje. Le puse media suela a cada zapato —dijo dando vuelta el pie— y aquí estoy. Gané ciento veinte mil por mes casa y comida. Voy a guardar diez mil todos los meses. El día antes de venirme mi hijo no creía que me venía. Yo ya le había dicho a mi marido y él le dijo a mi hijo.

—¿Cómo le dijo?

—Le dijo: "A tu madre le dio el contagio. Mañana se va a Buenos Aires a trabajar". El no creyó. Yo le dije: "Andé al cuarto y vos a ver el pasaje en la cartera". Fue. Cuando volvió estaba azul de la impresión. Yo creí que iba a llorar. "¿No podés agarrar más trabajo aquí?", me dijo. "¿Cuánto querés que trabaje, le dije, diez u ocho horas? El tiempo de los esclavos se acabó", "Yo puedo trabajar más", dijo. Pero una cosa es decir. Yo trabaja nueve horas. Quedó como un poste en la puerta, mirando para afuera. A mí me dio una rabia...

—¿Por qué?

—¡Vaya a saber! Le dije que querían tomarme ahí de esclava de ellos, cocinando y lavando las camisas, que así iban a aprender. Entonces mi hijo empezó con "qué voy a hacer cuando el viejo venga borracho y empiece a los gritos". Porque siempre soy yo la que me le paro de manos. "Arregléalo, mi hijo", le dije yo. Yo a su edad había enterrado una abuela y dos tíos y me les arregló solita. ¡Pobre Ricardito!

—¿El padre qué decía?

—El, cuando hablamos de sus cosas, es como si uno hablara de otro. Es bien raro en ese aspecto. No dijo nada, pero capé de decir: "Agárralo al hombre y bájelo". Él es así.

—¿Como si no fuera él.

—Sí, eso es. Como si fuéramos de otro.



—¿Por qué piensa que toma tanto?  
—Si uno es un poco flojo, puede agarrar para cualquier lado. No se aguanta allí, no se aguanta. Ricardo me cuenta que hay muchachos en la zapatería que a la salida se hacen algunos extritos. Muchachos buenos.

—¿Por qué piensa que ocurre todo esto en el Uruguay, tanta miseria y todo lo demás?

—Porque ninguno de los que gobiernan piensa en los otros. ¿Usted sabe cómo se han parado estos milicos? Carnes, autos, viajes. Son dueños de todo.

—¿Qué es todo?

—Todo, todo.

—Trate de explicarme.

—Las chanchitas, los camellos, los cárceles. Ellos hacen las leyes. ¿Usted sabía que todas las leyes las hacen ellos? A cualquier lechita de porquería ellos la tienen que hacer. A los demás no les dejan ni tocar nada. ¿Usted se acuerda de cuando había el diputado A y el diputado B?

—Sí.

—Ahora ni se oye hablar de eso. No hay más diputados ni aquellas cosas de antes. A una amiga de mi hija, compañera de Funas, la metieron presa. Le pegaron tanto que ellos mismos tuvieron que llevarla al hospital. La gurisa quedó tan triste de los sufrimientos que rompió un frasco de Sanidor y se lo clavó en la garganta. La tuvieron que operar y coserla todita. Es así.

—¿Cómo se sienta en Buenos Aires?

—Y... por ahora bien. Uno se llena de ver tanta comida por todos lados. Engordé tres kilos en diez días.

—¿Le gusta entonces?

—Esto es un carnaval.

## 5

### Uruguay, 42 años, doctora en Ciencias Económicas.

—Tuve que venirme porque ya no podía vivir más allá. Tres veces me metieron adentro. Perdí clientes de años. Pero yo no me hubiera venido si no fuera porque mi situación económica era inaguantable. Tengo dos hijos. Aquí llegué y encontré trabajo. Todo va bien. Pero yo estoy mal.

—¿Cuánto hace que está?

—Hace tres años. No, dos años. Estuve con mis tíos cinco meses en Milán. Pero era horrible. Me vine para aquí cuando ganó Perón. Creí que me sentiría muy bien, pero no.

—¿Por qué?

—No nos olvidemos que uno de los slogans del Frente fue: "Hermano, no te vayas". Uno lo decía en serio. Entonces, en el momento en que decida irse, se siente muy mal.

—Como si hubiera traicionado...

—Es que se ha traicionado. Al primer inconveniente, se hicieron las valijas.

—Hablar de primer inconveniente parece exagerado.

—Los que se quedan nos condenan. Es difícil superar eso.

—¿En qué nota usted que la condenan?

—Bueno, yo no lo noto en nada concreto. Pero pienso que ellos serán igual a mí. Yo siempre condené desde mi corazón a los que se iban.

—¿Aún cuando las razones fueran suficientes?

—¿Cuándo las razones son suficientes?

—Pienso que son suficientes cuando no hay ninguna relación entre lo que uno quiere hacer y lo que puede hacer. Si usted fue a la cárcel tres veces, ¿qué podía hacer ya?

—Pero yo fui a la cárcel sin haber hecho nada. Yo militaba en el grupo de Michelini. Todo lo que hice fue super público.

—¿Mujer querida ir por algo clandestino?

—Ese camino nunca lo transitó. Entonces me queda la duda, yo no probé todos los caminos. Me siento muy mal por no haber agotado mis posibilidades.

—Eso que usted llama "sus posibilidades", ¿no será una fantasía suya? ¿Realmente habría sido mínimamente eficaz?

—No me planteo eso.

—¿Entonces se trata simplemente de un problema de conciencia?

—En definitiva, todos son problemas de conciencia.

—No parece útil para nadie esa posición.

—Para mí es la única posible. Cuando yo me jugué pensaba en los demás, no en mí misma. Mi situación era muy aceptable.

—Usted dice que pensaba en los demás. Ahora está pensando en sí misma. Porque no se trata de cumplir con una conciencia exigente, sino en ser realmente eficaz.

—¿Cómo puedo saber si habría sido eficaz?

—Tiene elementos para saberlo. ¿O lo que quería era simplemente ir al sacrificio?

—Para ser sincera nunca pensé en abandonarlo todo por la causa. Sé que no habría servido.

—Ahora sí que me perdí.

—Sí, todo es muy contradictorio. ¿Qué puedo hacer? Yo lo vivo así.

Lleno de angustia. Lo que podía haber hecho y no hice. Lo que hice y no debía. Sentirme feliz me haría mucho daño.

## 6

### Uruguay, 24 años, estudiante y artesano.

—Allí trabajaba en artesanía. Hice lámparas, fabricué bolsos de cuero. Aquí hago más o menos lo mismo.

En Montevideo las cosas estaban como terminadas. Yo no les veía salida. Aquí todo me parecía muy difícil, pero sentía que estaba vivo. Que había perspectivas de cambio.

—¿Encontraste lo que esperabas?

—Yo sabía que Buenos Aires, como ya te dije, era una ciudad difícil. Pero la encontré más dura de lo que había imaginado. Además nunca había tomado conciencia de lo que significaba vivir lejos del país y de mi gente. Hacia seis meses... no, seis meses no, un año hace que vine, por mucho tiempo me sentí desanimada, sin energía. Todas las cosas positivas de la ciudad se me volvieron en contra. El ritmo, por ejemplo.

—¿Consideras el ritmo como algo positivo?

—Si uno sabe sacarle provecho es algo positivo. En caso contrario termina por arrollarte.

—¿Eso fue lo que pasó?

—Sí. Es de lo que estoy tratando de salir. El cambio fue tan importante en un sentido que no había previsto, que me llevó a cuestionar toda la escala de valores con que vivía en Montevideo.

—Explícate más.

—No sé... Me refiero a las pautas con que me manejaba allí.

—No está bastante claro.

—Es que yo misma no lo tengo claro. Es como si yo hubiera traído conmigo un equipaje que aquí no me sirve para integrarme. Además, yo ya estaba mal desde antes. Entonces no sé bien qué es lo que arrastro de Uruguay y qué cosa es resultado del exilio. Porque antes de venirme yo ya me sentía muy perdida. Con problemas de todo tipo. Con una situación económica desesperada, a la cual se añadían toda clase de problemas. Antes de salir, sobrevino como un derrumbe total. Fracaso político, derrumbe económico, lo cual se reflejaba incluso en las cosas más personales de la gente, como la vida familiar.

—Decías que te resultó inútil el equipaje que traías. Explícame eso mejor.

—Yo desarrollé en mi país determinados valores. Con esos valores, obtenía allí una respuesta. Aquí es como si hubiera cambiado de idioma. Ya no sé qué cosas debo ofrecer para obtener respuestas. Y tampoco sé si las respuestas que tengo son positivas o no. Me siento sin asidero.

—¿Qué extrañas fundamentalmente?

—Más que nada lo cotidiano. Cosas de las cuales uno no tiene la menor conciencia hasta que les pierde. Yo caminaba por las calles y nunca me sentía sola.

—Describe las cosas que recordas.

—Las veredas, la sombra de los árboles, el silencio de algunos barrios. Me pasa algo muy raro. Más que extrañar a mi familia y a mis amigos, concretamente extraño la ciudad.

—¿No vas creando aquí relaciones con las cosas, las calles, las plazas?

—No. Porque es como si una parte fundamental de mí se hubiera perdido en el cambio. Es como si no estuviera completa. Me siento ignorante de todo. No sé dónde están las cosas buenas para querer ni las malas para odiar.

## 7

### Paraguay, 28 años, cocinero.

—¿Por qué se vino?

—Yo era músico y vine a transfer acá. Al principio anduve tocando por el Norte. Y tocando, tocando, llegué acá.

—¿Cómo pasó de músico a cocinero?

—Aquí de músico no gana mucho. Y trabajaba muy poco. Entré de ayudante de cocina, hasta que aprendí. De músico vi que no podía triunfar. Pero como la vida estaba mejor aquí, decidí quedarme.

—¿Se casó con argentina?

—No, con paraguaya. Para casarme me gusta la paraguaya.

—¿Por qué?

—Porque habla guaraní.

—¿Volvería al Paraguay?

—No. Tengo todo aquí, casa, todo.

—¿A cuál considera su patria?

—Argentina.

—¿Y si hubiera una guerra?

—Apoyaría a Argentina.





## los desterrados

- No lo creo.  
—Sí, Argentina, Paraguay nunca.  
—¿No sentiría que está traicionando?  
—No. Me gusta ser argentino. Me nacionalicé.  
—Me dijo que había venido a triunfar. ¿Allí no le interesaba triunfar?  
—Allí, aunque uno triunfa, se muere de hambre igual.  
—Habrá alguno que no se muere de hambre.  
—Alguno sí, pero muy pocos. Allí no hay más que atraso y hambre.  
—¿Consecuencia de qué son allí el atraso y el hambre?  
—De esos tan buenos llamados yanquis y de los que los apoyan.  
—¿Cómo creen que actúan?  
—Enriqueciendo a los que son capaces de esclavizar a su propio pueblo.  
—¿Dónde aprendió todo eso?  
—Eso me lo enseñó papá.  
—¿Perón?  
—¿Y si no quién?

8

### Brasileño, 46, años, sociólogo.

—En 1946 salí como consecuencia de la Revolución Redentora. Emigré a Uruguay. No me sentí mal pero tampoco demasiado bien. Para el brasileño es muy difícil vivir en el exterior.

—¿Por qué cree que es más difícil que para otros pueblos?

—El brasileño es tremendamente comunicativo, alegre. Tal vez por la mezcla de razas y culturas y por la naturaleza. Sale un golpe que se resiste a duras penas. Uno extraña la música, el calor humano. Antes del 64 prácticamente no se registraban casos de brasileños en el exterior. Cuando llegué al Uruguay lo sentí muy formal, muy británico, muy europeo. Comparado al brasileño el uruguayo es muy poco comunicativo. En Río yo vivía en una terminal de ómnibus. Los que iban llegando se sentaban siempre junto a los que habían llegado primero. En Montevideo observé que nadie se sentaba junto a otro mientras quedaran asientos vacíos. La gente nunca hablaba con desconocidos en la calle, salvo cuando había un accidente. Sin embargo, en estos diez años, creo que se produjo un proceso interesante. El uruguayo fue dejado de ser británico, comenzó a humanizarse. Cuando llegué, el tipo de veinticinco o treinta años era todavía un "nene de mamá". Cuando me fui hace unos meses, los jóvenes de 15 ó 16 años asumían la situación del país. Podían interrumpir una clase en el liceo y exigir un contracurso. Los uruguayos cambiaron. Se latinoamericanizaron. Este período acabó en el '71. En ese momento, Uruguay se hundió en una fosa de la que no se ve cómo saldrá. Se volvió muy difícil vivir allí, entre otras cosas porque no hay trabajo.

—¿Cuánto hace que está aquí?

Hace unos meses. Buenos Aires me chocó y me saustó. Es una ciudad muy nerviosa, sin contacto con la naturaleza. La competencia es violenta en todos los terrenos. "El hombre es el lobo del hom-



bre"; aquí es una realidad. Además para un hombre de mis convicciones, el consumo a los grados que se da aquí me produce un gran rechazo. Pero —y esto es muy contradictorio— el deseo de encontrar soluciones en la política y en lo social es auténtico. Alcanza con observar la cantidad de libros que se publican y los lugares y las horas donde se venden. Hay una democratización de la cultura que se refleja en la politización de la gente. La masa politizada es enorme. El voluntario de Perón y la primera manifestación de Isabelita son dos ejemplos. Hay una gran participación del pueblo. A pesar de la tremenda violencia, la Argentina vive un proceso importante que va a tener influencia en toda América Latina. Para un sociólogo es un privilegio vivir hoy en la Argentina.

9

### Paraguayo, 32 años, campesino y obrero.

—Cuando terminé mi servicio militar, me ofrecieron un cargo como chofer en un hospital. En el momento de nombrarme, el jefe militar de la zona exigió que previamente al nombramiento me afiliara al partido oficialista. Me negué a afiliar-

me. Como consecuencia en ese momento no pude conseguir cualquier clase de trabajo. Finalmente me fui a la frontera con la intención de cruzar a la Argentina. En el camino escuché por radio transmitido desde Argentina, un pedido de braceros para cortar hojas de yerba. Sin documentación como alguien que pasa para volverse al rato, entré. Y me presenté en la dirección que debían en el aviso. Allí me metieron en un camión y me llevaron doscientos cincuenta kilómetros monte adentro.

—¿Por qué dice "monte adentro"?

—Porque no se trataba de una carretera, sino de un simple camino que se abre paso entre un monte muy espeso.

—¿Quién era el que lo había contratado?

—El propietario del secadero de yerba, directamente.

—¿Qué salario habían convenido?

—Ocho pesos los diez kilos de yerba puestas en el camión.

—¿En qué año era eso?

—Era en 1964. El primer día, junté y cargué ciento veinte kilos, es decir, no llegué a cien pesos viejos. De ahí, había que descontar lo que me cobraban por las ponchadas.

—¿Qué son las ponchadas?

—Son las lonas donde se junta la hoja

—¿Cuánto les descontaban?



—No recuerdo. El precio era el corriente de plaza, pero si nos arrepentíamos y queríamos dejar el trabajo antes del final de la cosecha, las pochadas tenían que devolvernos, pero ellos no nos devolvían el dinero.

—¿Cuánto es un día de trabajo?

—Nos levantábamos antes de salir el sol, a las cuatro de la mañana, y preparábamos la comida para llevar.

—¿En qué consistía la comida?

—Generalmente frito de harina y guiso de arroz.

—¿Qué es el frito de harina?

—Se le llama también "roviro". Viene a ser harina de trigo mezclada con salmuera. El que podía darse el lujo, le agregaba un huevo. Eso se pone en la olla, se mueve con un palo a fuego lento unos cuarenta y cinco minutos, hasta que queda tostado y desintegrado, como en escamas.

—Es una especie de pan.

—Sí, que comíamos con mate cocido negro.

—¿Por qué lo llama negro?

—Porque va sin leche.

—¿Dónde conseguían los alimentos?

—En la proveduría del dueño del establecimiento. Él nos daba una libreta y al pagarnos la quincena nos descontaba.

—¿Cuánto les quedaba libre?

—Doscientos pesos quincenales.

—¿Describame la vivienda.

—Ranchos de madera y paja. La cama, tarimes de cañas de tacuara sobre las cuales se echan las lonas para juntar yerba, que sirven de colchón y cobija.

—¿Cuánto es cómo se realiza la tarea.

—Hay que ser bastante fuerte y tener mucha energía. Casi todo se corta a mano. Cuando se ha llenado una lona, se arrastra hasta la cabecera. Le digo que hay que ser bastante fuerte porque las lonas pesan alrededor de cien kilos y hay que arrastrarlas solas. Allí estuve tres meses. A los tres meses me volaron.

—¿Por qué?

—Porque después que terminamos con unas cuantas parcelas, comenzamos una zona de plantas muy viejas, con poca hoja; entre malezas más altas que nosotros, y entre querían pagar lo mismo. El problema con que yo empecé a organizar a la gente para una huelga. La huelga se ganó, pero sirvió solamente para esa parcela. A la siguiente, perdíamos los derechos adquiridos porque la patronal decía que esa plantación era mejor, aunque no lo fuera. Entonces yo volvía a unirlos para la huelga. Hasta que el patrón me echó.

—¿Cómo fue que usted pudo convertirse tan rápidamente en dirigente gremial?

—El noventa y ocho por ciento de los trabajadores allí eran paraguayos. Y en casi su totalidad, analfabetos. En el campo paraguayo, más del ochenta por ciento son analfabetos. En definitiva que, a la tercera huelga compraron a algunos compañeros padres de familia, amenazándolos con sobornos. La huelga fue quebrada y un argentino, un paraguayo y yo, fuimos acusados de agitadores. Quedamos sin trabajo. Yo seguí caminando hacia el sur. A lo gran distancia, encontré trabajo en una obra de construcción donde fui contratado. Allí nos pagaban doscientos pesos por día aproximadamente, igual que en el caso anterior, el noventa por ciento de los obreros eran paraguayos. Un día escuché una conversación entre el sobrestante y el contratista. Éstos decían que con los paraguayos se podía bajar mucho el costo de la construcción. Estábamos a ciento sesenta kilómetros de la capital de la provincia. Aprovechando el fin de semana me hice un viaje a hablar con el secretario general del gremio de la construcción. Pocos días después, éste vino a la obra y conversó con el presidente del consorcio. Pero el resultado no fue positivo. Al poco tiempo, comenzaron a hacerme la vida imposible, finalmente me despidieron. Seguí bajando hasta la capital de la provincia, donde volví a encontrar trabajo en la construcción. A los seis meses, me eligieron como subdelegado. Seis meses más tarde, volvieron a despedirme luego de toda clase de persecuciones y amenazas. En esa época había empezado a practicar fotografía y entonces decidí venir a Buenos Aires. Aquí encontré trabajo como pintor. Los fines de semana trabajaba como fotógrafo.

—¿Cómo se da acá su relación con los argentinos?

—El argentino generalmente desprecia al paraguayo, como al boliviano y al chileno.



no. Por algo les llaman "paraguas", "bolitas" y "chifotes".

—¿A nivel obrero usted cree que también?

—Sí, se ve hasta en el colectivo.

—¿Cómo?

—Sí, los argentinos ponen cara rara cuando nos oyen hablar. Yo trato de pronunciar como ustedes para evitarlo.

—¿Y en los lugares de trabajo?

—El nativo es un poco egoísta. Generalmente hay cierta tensión contra nosotros. Y también contra los bolivianos.

—¿También los obreros que son de provincia?

—Depende cuáles. Los correntinos no nos pueden ver.

—¿Por qué piensa que pasa eso? Usted me decía que rechazan el guaraní que ustedes hablan; el correntino también habla guaraní.

—Sí, pero lo habla diferente a nosotros, muy españolizado. Pronuncia la "ch" como los españoles. Yo no creo que nos rechacen porque hablemos un idioma diferente.

yo se podía bajar mucho el costo de la construcción. Estábamos a ciento sesenta kilómetros de la capital de la provincia. Aprovechando el fin de semana me hice un viaje a hablar con el secretario general del gremio de la construcción. Pocos días después, éste vino a la obra y conversó con el presidente del consorcio. Pero el resultado no fue positivo. Al poco tiempo, comenzaron a hacerme la vida imposible, finalmente me despidieron. Seguí bajando hasta la capital de la provincia, donde volví a encontrar trabajo en la construcción. A los seis meses, me eligieron como subdelegado. Seis meses más tarde, volvieron a despedirme luego de toda clase de persecuciones y amenazas. En esa época había empezado a practicar fotografía y entonces decidí venir a Buenos Aires. Aquí encontré trabajo como pintor. Los fines de semana trabajaba como fotógrafo.

—¿Cómo se da acá su relación con los argentinos?

—El argentino generalmente desprecia al paraguayo, como al boliviano y al chileno.



## los desterrados

sino que el idioma les sirve para identificarnos como paraguayos. La tensión en realidad viene de la historia. De la Guerra de la Triple Alianza, por ejemplo.

—Pero la Guerra de la Triple Alianza debió provocar odio en ustedes hacia ellos, en todo caso, no al revés.

—No sé. El paraguayo tiene un gran odio a raíz de la Guerra de la Triple Alianza. Nos dejaron sin hombres. Tengo una abuela que vivió la posguerra y ella contaba cómo habían tenido que abandonar casas, ganado, y contaba cómo al regreso todo estaba invadido por el monte. Tuvieron que vivir de frutas hasta empezar a cultivar. Es muy notable lo que pasa. Si un correntino o un argentino va al Para-

guay, todos lo quieren, el pueblo lo aprecia y lo admira. Eso viene tal vez porque habían bien la lengua española. En guaraní, a la lengua española se le llama "corañi ñe-á", que significa "lengua de los señores".

—Pero ustedes hablan español.

—Sí, pero en general se habla mal, sobre todo la gente del campo. De cualquier manera nuestra situación no es tan mala como la del boliviano.

—¿Qué pasa con el boliviano?

—Ahí la culpa es en gran parte de él: él se encierra, no quiere integrarse, se automargina. Nosotros tenemos más problemas con el boliviano que con el argentino.

—¿Por la Guerra del Chaco?

—Sí, por la Guerra del Chaco.

—Después de tanto tiempo, ¿el pueblo sabe aún cuál fue la causa de la guerra?

—Tanto en Paraguay como en Bolivia enseñan en las escuelas que fue el otro que atacó para quedarse con un pedo de territorio ajeno.

—Nadie habla de americanos e ingleses.

—Nadie. Rockefeller fue el instigador del lado de Paraguay, pero nadie lo nombra en nuestra historia. Nuestros enemigos son los bolivianos. Americanos e ingleses provocaron la guerra y parecían que también nos escribieron la historia.

## los que vienen por razones políticas

1

### Uruguayo, 27 años, obrero rural.

—Sali del Uruguay para Chile hace tres años.

—¿En el 71?

—No, no. En el 72.

—Entonces son dos años.

—Sí, siempre me confundo.

—¿Por qué saliste?

—Digamos que por razones políticas. Yo era cañero. Venían pluriando los talones. Aparte de eso, comer se iba haciendo cada vez más difícil. Me fui a Chile. Estuve un tiempo pero me vinieron saudades. Me quise acercar. Cuando Perón ganó me vine.

—¿Extrañabas?

—Extrañaba, sí. Es muy lejos. Aquí también extraño. Pero es diferente. Al principio extrañaba a la gente concreta, este amigo o aquel. Mi madre. Después lo que uno quiere no es ver a aquella persona, sino ir, andar por las calles. Ver la cara a la patria verdadera de uno. No sé si se puede llamar extraño. Lo que uno quiere es estar allá. Porque se halla poco aquí. En las diversiones, en los paseos.

—¿Qué te falta?

—Todo. Un domingo me voy a los tumbos por ahí, a un baile. ¿Y a quién le gana yendo a un baile? Si estoy medio mal voy a un baile, me agarro a una pibe y al otro día le misma canción. Me dicen que estoy viejo.

—¿Y vos qué pensás?

—Que la diversión es parte de la vida pero cuando tenés padre, madre, mujer, un amigo íntimo.

—Te sentís mal los fines de semana, entonces. ¿Y el trabajo?

—En el trabajo ando bien. Nunca había agarrado un pincel, pero me hice pintor. Ahora soy un pintor fincero. Lo que de verdad no me anda es la diversión. Por

eso prefiero tomar vino en mi casa. Yo era del litoral. Siempre anduve entre los cañeros, los arroceros y los remolacheros. Intérvinse en la marcha del 67(1).

—Quiere decir que militabas fuerte.

—Sí. Y aquí no se puede. Eso es lo peor. Eso y el tamaño de la ciudad. Esta ciudad es como un horcaiguero. Un día solé que la gente tenía números en la cabeza.

—¿Vos también tenías?

—Sí. El 007.

—No elegiste mal.

—Sí. Yo estaba contento de mi número.

Al otro día en el subte empezó a ponerle números a todos los que veía. "Este es un 12", pensaba. "Aquella gordita un 33." Y todo así.

—Si anduviste en las marchas de los cañeros quiere decir que tenés cosas de interés para contar.

—Te dije que había tenido que tomármelas. Pero antes de ese momento todo fue lindo. A veces éramos ochenta durmiendo en un galpón. Nadie se preocupaba por el frío ni el calor. Y hay que ver que los "peludos"(2) son de monte adentro. Son locos que no saben ni leer ni escribir pero con una conducta que algunos quisieran para un día de fiesta. Un respeto a la mujer... Durmiendo pegados uno con otro y nunca un problema.

—Contame cómo vivías. Tienen una vida dura.

—Muy dura. En invierno entra el frío y el agua. Cuando viene la lluvia no termina una racha de secarse. Hay veces que lo arrastra a uno con carne y todo. En verano, el calor y los bichos. Uno vive bajo una chapa de zinc que eche chapas, entre las víboras, las arañas y los mosquitos. ¡Y qué mosquitos! El más chico lleva a los hijos a la escuela. Sin embargo. "Yo quiero a mi Uruguay, ¿y usted?"

—¿Con mosquitos y todo?

—Mosquitos, camaradería y esperanza. ¿Por qué nos montaron así? Nos arrastraron. ¿Por qué?

—Eso te pregunto. ¿Por qué?

—Es una historia larga y repetida, compañera. No me haga hablar. Hablamos de lo que pasa aquí. Otra cosa que extraño

aquí es la militancia. Pero es inútil. No puede. Aquí son salvajes. En cuanto o fundis al paso, estos locos te hacen boleta. Es rifarse por una patria que es la de uno. Estos argentinos son feos menos. ¿No?

—¿Por qué?

—Porque aunque sean de derecha es contra el Imperio. En medio de todo, me gusta. Hay por lo menos un punto que todo el país está de acuerdo, pero se puede hacer nada. Mejor tranquilo. A hay que comer, comprarse camisas y pliar la tierra de Artigas. Además, mismo que se diga que me gusta, yo le entiendo bien. ¿Vos entendés algo? Aprendí a leer en la escuela de ahí en otro libro. En un libro que tenía láminas. Por eso lo mejor es borrarlo.

2

### Uruguayo, 50 años, obrero

—Yo era dirigente y militante gran

—¿Estuvo preso?

—Estuve dos meses en el Cilindro. Eso no sería nada. Cuando salí, dos por tres me llevaban. Me tenían horas, me soltaban. Yo ya estoy viajando esos trotes.

—¿Aquí qué piensa hacer?

—Trabajar como un rey.

—Los reyes no trabajan.

—Entonces trabajar como un esclavo.

—¿Piense en la vuelta?

—No. Quiero quedarme y trabajar se lo dije.

—¿En qué?

—Eso cantado. En una fábrica textil.

—¿Cómo se siente acá? ¿Qué le extraña? ¿Qué cosas le gustan?

—Si la miseria se pudiera extrañaría de florar todos los días. Pero por mí te uno a la miseria no le extraña. Me tristesce cómo vive allá la gente que no. Pero creo que no se puede estar sano en eso. No se gana nada. La jitud sin trabajo. Eso sí que es fiero.

(1) En 1967, los cañeros del departamento de Artigas agremiados en UTA (Unión de Trabajadores Agrarios de Artigas), hicieron una marcha hasta Montevideo (300 kilómetros) para pedir tierra al Parlamento.

(2) Se llama así a los cañeros del departamento de Artigas.



### Brasileño, 47 años, periodista.

—Me fui a Bolivia en el 64 y estuve hasta que cayó Paz Estenssoro. Berrientos me expulsó.

—¿Por qué? ¿Millitas?

—Escribía en un diario. De Bolivia me fui a Chile. Pero sólo estuve una semana; no me gustó. Me pareció muy cerrado.

—¿Gobernaba Frei.

—Sí.

—¿Por qué no le gustó Chile?

—Me dio la sensación de un país prusiano. Aguanté sólo una semana. Me fui a Uruguay. En Uruguay estuve ocho años. Me pareció un país civilizado, cordial, donde se podía vivir. Un país socialista.

—¿Qué quiere decir?

—Muy respetuoso de la ley en ese momento. Con una izquierda tremendamente esclarecida aunque limitada a una élite.

—¿Por qué se vino a la Argentina?

—Porque no había más trabajo y por la situación política.

—¿Cómo se siente?

—Yo nací en una ciudad de 600 habitantes. Conocí el pan a los dieciséis años. ¿Cómo puede gustarme una ciudad de ocho millones, donde no se puede caminar por la calle sin tropezar con la gente? Buenos Aires me choca como me choca San Pablo, pero en algunos sentidos me gusta más que San Pablo. Es un centro de irradiación cultural, además de un paraíso para los que nos gusta comer. En estas cosas el monstruo de consumo me seduce. En cambio rechazo su obsesión por la ropa. El argentino es muy formal en cuanto a su aspecto. Le voy a contar una anécdota. Yo iba a dar una conferencia. La persona que me había invitado me preguntó: "¿Va a cambiarse de ropa, no?" Para ponerla nerviosa, dije: "Voy a pensar". Es casi infantil esa manía por el aspecto exterior.

—En definitiva...

—Es una ciudad tremendamente política.

—¿Eso para usted es positivo o negativo?

—Altamente positivo. El país parece una asamblea en sesión permanente.

### Uruguayo, estudiante de Derecho, 28 años.

—¿Y para qué puede servir?

—Yo creo que puede servir. ¿Te molesta colaborar?

—Me molesta, sí.

—Sin embargo yo insisto.

—Bueno. Pero yo te voy a decir lo que a mí me parece.

—Está bien.

—Lo primero es, ¿quién se preocupa aquí por nosotros?

—¿Quieres hablar de eso?

—¿Vos creés que sabés los que se pueden preocupar acá por mí? Nadie sabe. Yo sé lo que soy políticamente. Y sé que esos no se preocuparon por mí. Los que me ayudaron fueron otros. Y con esa gente yo estoy mejor, humanamente. Pero

igual estoy solo. ¿Cuánto hace que estoy solo? Pero hay formas y formas. En el Uruguay yo iba a la Facultad y aunque la selección humana al final ya estaba muy jodida, yo me sentía como quien camina un camino que ya conoce. "Ahora viene el árbol con el tronco hachado, y ahora el montón de piedras, y ahora la casita blanca." Acá no tengo nada. Me queda la camiseta, la cuerda.

—Los uruguayos se han manejado muchas veces a camiseta.

—Sí. Pero uno tiene que saber qué quiere decir la camiseta de uno.

—Las camisetas no quieren decir nada. Son el pretexto para romperse el alma y salir adelante.

—Yo necesito saber qué tengo que hacer. ¿Qué tengo que hacer?

—El primer mandamiento, no preguntarle al primero que se te pone a tiro, yo, en este caso.

—Cometimos errores. Siento en lo político una gran culpa. Hay seis mil tipos presos aunque yo no soy el culpable.

—¿Sos o no sos culpable?

—No sé. ¿Por qué ellos y no yo? Antes de verme había un compañero en la calle. Me dijo: "Me queda poco rollo".

—¿Quería decir que iba a caer?

—Sí. Y ahora sé que cayó.

—Concretamente, ¿de qué te acusó?

—De muchas cosas. Mi vieja tenía cáncer. Yo tenía que elegir: irme afuera o quedarme por mi militancia en Facultad. Yo opté por quedarme.

—¿Pensás que no debías haberte quedado?

—¿Vos qué pensás?

—Yo nada, te pregunto.

—Y ahora estoy aquí circulando mientras mi hermano se pudre en Punta Carretas. Y yo fui el que abrió la brecha, el que inició el camino.

—¿Te hermano qué edad tiene?

—24 años.

—Entonces...

—Igual me siento muy mal.

—¿Cómo te relacionás con Buenos Aires?

—¿Qué me vané con eso? ¡Yo qué sé!

### Uruguayo, 23 años, estudiante.

—Me prendieron porque tuve en casa cinco noches guardado a un muchacho. A él no lo agarraron. Pero alguien me denunció y me allanaron. No encontraron nada que pudiera comprometerme. Tomaron entonces todo el dinero que había en mi casa y me lo entregaron.

—¿Para qué?

—Porque me llevaban detenido. Apparentemente era una medida de cuidado. Ya al salir me iban golpeando y empujando.

—¿Iba a cara descubierta?

—No. En cuanto a uno lo toman, lo encapuchan. Eso es de rigor. Estaba unas horas en el calabozo, hasta que me sacaron hacia el cuarto de torturas. Allí recomenzaron los golpes y las amenazas. Por un rasgón de la capucha, yo veía a mi lado, el techo con agua de los submarinos. Tenía una capucha mugriente flotando. Mientras me amenazaban con hundirme, lo hacían sonar.

—¿Qué querían que dijera?

—Que yo era del M.L.N. Pero yo no era del M.L.N., ni de nada. El muchacho había estado en casa porque era amigo. Fue en ese momento que me pidieron el dinero que tenía en el bolsillo. Se los di. Apenas el dinero en sus manos, empezaron a decir que le había perdido casi todo. Por el rasgón yo veía al mayor de policía con el dedo en la mano, repartiéndolo con un capitán y un mayor del Ejército.

—¿Conoce sus nombres?

—Conozco al de los dos mayores, no el del capitán.

—¿Quieres decirlos?

—Tengo miedo. Tengo familia presa.

—Está bien. ¿Qué pasó después?

—Al mismo tiempo que se repartían, decían: "A ti te metieron las manos en el bolsillo. Tú perdiste algo." La cosa fue que me devolvieron dos mil cuando salí, y yo tenía alrededor de trescientos mil.

—¿Cómo fue su vida mientras estuvo encerrado?

—Constantemente me amenazaban con golpearme al niño. Yo estaba embarazada de cuatro meses. Pero en realidad conmigo no llegaron a emplearse a fondo. Se dieron cuenta que yo no sabía realmente lo que el muchacho era. Eran sobre todo amenazas y golpes. Y algunas veces, submarino.

—¿Golpes en el vientro?

—En el vientro sólo me pegaron una vez. Lo más importante de mi experiencia ahí dentro fue tal vez comprobar la diferencia entre soldados rasos y oficiales. Los oficiales de jerarquía media son los que torturan. Y ninguno puede negarse a torturar. Es decir, que buscan muy inteligentemente, implicarlos a todos, mancomunarlos en una culpa. Los soldados, en cambio, que quedan afuera del hecho, son bastante humanos. Toman, sin proponérselo, el papel del bueno. Y como frecuentemente ellos mismos son maltratados por sus superiores, a veces se sientan cerca de nosotros. Yo los oí hablar muchas veces y abandonar el Ejército porque no aguantaban la tortura. Como nos prohibían hablar entre nosotros, escuchábamos siempre las charlas que tenían entre ellos mientras nos cuidaban. Supe así que en el cuartel donde estábamos, los oficiales de jerarquía media eran unos dieciocho y todos torturaban.

—Cuéntame algún episodio concreto.

—Un día me llevaron a otro cuartel para reconocer a otro muchacho. Yo iba sentado delante entre él y el chofer. Él me hablaba en voz baja. De verle la cara podía suponerse que me estaba haciendo propuestas de tipo sexual. La mandibula le temblaba. "Te voy a golpear la barriga hasta matar a tu hijo. Te lo voy a matar a golpes pero despacio." Él buscaba hacerse hablar. Pero yo no contestaba. Él quería que hablara para golpearme allí, en la camioneta. Yo tenía la expresión de no escuchar nada. Pero sentía... Es difícil de describir: deseo de vomitar. Y poco miedo, en realidad, poco miedo. Por el camino nos detuvimos para recoger otras muchachas. Como no llevaban capucha me sacaron la mía y luego me arrancaron las mangas para vendarme los ojos.

—¿Reconocí al muchacho?

—No. Nunca lo había visto. Bueno, una vez cumplida la diligencia me volvieron a mi celda con más de quince mujeres. Cerca de allí había otro lleno de hombres. Una noche oí a los guardias reírse de no



